

decido su pecho con algunas gotas de sangre. ¡Perrol—le dijo Quintilia con el acento de la cólera y del desprecio:—¡mira por tu vida; evítame el asco de arrancártela por mi mano, miserable!!

Oyéronse entonces precipitados pasos. La campanilla de que había tirado la princesa llamaba generalmente al cuarto de la Ginetta; pero cuando sonaba con mucha fuerza, daba la señal de alarma á los criados dormidos en una pieza inmediata. Al oír que se aproximaban aquellos testigos de su vergonzosa derrota, ó tal vez aquellos vengadores de la princesa, hizo Saint-Julien un esfuerzo desesperado y se desasíó, sin más contratiempo que una cortadura poco profunda, y precipitándose hacia la puerta por donde había entrado, huyó á todo correr.

XX



ERO lo que no sabía es que Quintilia, informada de la presencia de Galeotto en palacio, había hecho cerrar todas las puertas y guardar todas las salidas, recomendando que se apoderasen del rebelde á la menor tentativa que hiciese para escaparse.

Viendo pues Saint-Julien en todas las puertas alabardas cruzadas y rostros amenazantes, tomó el partido de ir á encerrarse en su cuarto y esperar allí su suerte. Galeotto, viéndole entrar pálido, desencajado y salpicado el pecho de sangre, exclamó en una especie de delirio:

—¡ Monaldeschi ! ¡ Monaldeschi (1) !

Esperaba verle caer muerto de un momento á otro; pero habiéndose Luis enjugado el pecho y recobrado sus fuerzas, le contó jadeando lo que acababa de pasar, cosa que no dejó á Galeotto muchas ganas de reír : todas aquellas precauciones

(1) Recordando el trágico fin del infeliz italiano de este nombre, favorito de la célebre Cristina de Suecia.—(N. del T.)

para guardar las puertas, y aquella furia de Quintilia, no le hacían presagiar nada bueno.

—Soy de opinión — le dijo — que debemos á todo trance salir de aquí. Saltemos por la ventana; más vale rompernos

las dos piernas que ser sepultados en tumbas de oro como Max.

Abrió Saint-Julien la ventana, y vió seis hombres con fusiles y bayoneta calada al pie del balcón.

—No hay que pensar en eso — dijo; — toda esperanza de fuga ó de resistencia es inútil; espere-mos, que acaso pasará pronto la borrasca..... Ya nada oigo.

—Quintilia rara vez sale de sus casillas — dijo el paje; — pero la italiana

es vengativa, más de lo que parece. ¡El diablo te lleve, amén! ¡En buena me has metido! Ahora de seguro me toman por tu cómplice, y me degüellan *incógnito* contigo en algún subterráneo de palacio...

Al oír en esto ruido cercano de pasos, miráronse con honda consternación los dos mancebos: Galeotto, pálido y medio desmayado, se dejó caer sobre la cama; Saint-Julien, más animoso porque él había provocado todas las consecuencias de su calaverada, esperó á pie firme á sus asesinos. Entraron



éstos en efecto, y suplicaron atentamente á las dos víctimas que se dejasen vendar los ojos y atar las manos, y como quiso Luís rebelarse contra aquel humillante tratamiento, el jefe de los armados, que llenaban la estancia, le dijo con dulzura:

—Caballero: si hacéis la menor resistencia, emplearé la fuerza; lo que á ambos nos será sumamente desagradable.

Nada había que responder á tan perentorio argumento. Saint-Julien se sometió; en cuanto al pobre Galeotto, tan muerto estaba de miedo, que casi fué preciso llevarle en brazos.

Cuando les soltaron las manos y les quitaron las vendas de los ojos, viéronse en un estrecho calabozo, donde los dejaron á obscuras.

—¡Maldición! — exclamó el paje: — esta será nuestra última morada!

—Plegue á Dios que así sea — respondió Luís — y que no nos dejen perecer de consunción y de frío.

Ambos se sentaron sobre un montón de paja, demasiado consternados para comunicarse mutuamente su terror, y de esta suerte pasaron el día, acaso el más largo y triste de su vida. Pudo más, sin embargo, la fuerza de la juventud que su desgracia, y al fin lograron conciliar el sueño; mas no tardó en despertarles el rumor de los pesados cerrojos que se descorrían, y de las llaves que giraban en sus enormes cerraduras; penetró en el calabozo el siniestro fulgor de un hacha encendida é iluminó la sombría catadura del carcelero, seguido de cuatro hombres enmascarados. Al verlos lanzó Galeotto un grito de espanto, y Saint-Julien creyó que ya le había llegado su hora; entonces, armándose de toda la impavidez de que era capaz, se adelantó gravemente hacia sus verdugos, y les dijo:

—Ya sé lo qué queréis de mí; ¡abreviad mi agonía!!

Pero no le respondieron palabra, y le ataron las manos como el día anterior. Mientras le vendaban los ojos, preguntó si iban á separarle de su compañero de infortunio.

—Podéis despediros de él — respondió una voz hueca y lúgubre que salía de debajo de una de las caretas.

Diéronse los dos jóvenes un estrecho abrazo; los enmascarados se llevaron en silencio á Luís, y el infeliz Galeotto quedó solo en la prisión.

Después de haber andado por largo rato, advirtió Saint-Julien que le hacían bajar unas escaleras; de repente se halló con las manos sueltas, y como su primer movimiento fué arrancarse la venda que le cubría los ojos, vió que estaba solo en una bóveda de mármol, magníficamente esculpida al estilo sarraceno. Cuatro lámparas de bronce ardían en los cuatro ángulos de un sepulcro de mármol negro, sobre el cual yacía tendida, en actitud de dormir, una estatua de alabastro; sobrecogido de terror quedó Saint-Julien reconociendo la bóveda y el monumento de que le había hablado Goleotto, y leyendo en la fachada principal del cenotafio las tres letras de plata que formaban el nombre de Max.

—¡Justo Dios!—exclamó arrodillándose sobre la alfombra de terciopelo negro que cubría las gradas del mausoleo:—si dejáis consumir tan negras iniquidades, dadme fuerza al menos para el terrible trance en que me hallo. ¡Prosternado á vuestros pies, Dios mío, en los dinteles de otra vida, os pido perdón de las culpas que he cometido en ésta!

Esto diciendo, inclinóse hacia delante, y habiendo fijado los ojos en la figura de alabastro, quedó pasmado de la viva semejanza que ofrecía... Representaba aquella estatua la cabeza y el cuerpo de un mancebo de quince años, envuelto en un ligero lienzo, semejante á una mortaja; pero en la serenidad de aquel bello rostro y en la pureza de sus líneas, halló Luis una extraordinaria identidad con las facciones de Spark, aunque eran éstas no obstante más abultadas y varoniles.

Un ligero rumor que llegó entonces á sus oídos le sacó de sus cavilaciones; volvió la cabeza y vió no sin terror una especie de fantasma, vestida de negro y armada de un instrumento singular, parecido á una ancha y reluciente espada.

—Ejecutor de infames asesinatos—exclamó el joven;—tú que sin duda derramaste la sangre del que yace en esta tumba, ¡espectro de la venganza! una vez que debo ser tu víctima...

—Amigo y señor conde de Saint-Julien—respondió el sombrío personaje con suma urbanidad:—está usted muy equivocado; ni soy ejecutor de infames asesinatos, ni el espectro de la venganza. Soy un profesor de Historia Natural, pacífico é incapaz de hacer daño á nadie.

Y mientras esto decía maese Cantárida, porque él era en

efecto, en su docto casacón de paño negro y en su verdadero calzón corto de seda, levantó su espadón y lo dirigió hacia Saint-Julien.

—Muy tonto sería yo—dijo el joven para sí—en dejarme acoquinar por ese mentecato cuando estamos solos y nadie me impide echarme sobre él y acogotarle.

Así iba á hacerlo en efecto, cuando maese Cantárida, siempre con la mayor atención y cortesía, le suplicó que cogiese una de las extremidades del instrumento homicida y le ayudase á levantar la losa del sepulcro.

Tan horrible le pareció esta nueva chuscada á Saint-Julien, que retrocedió palideciendo y tendió azorado la vista en derredor, esperando ver acudir á sus asesinos á la menor señal de resistencia.

—No hay que asustarse—le dijo el profesor,—que no corre usted ningún peligro, á menos que piense en fugarse ó en maltratarme, y no le creo bastante mal criado para propasarse á tanto. Sirvase usted ayudarme—repitió;—tal es la voluntad de su Alteza, nuestra idolatrada soberana Quintilia primera, y supongo que no es usted hombre que da entrada en su pecho á pueriles miedos.

Saint-Julien, lleno aún de desconfianza, pero resuelto á mostrarse animoso hasta el fin, ayudó á maese Cantárida á remover la losa del sarcófago; levantó el profesor un gran crispón negro y suplicó á Luis que cogiese la caja de oro en forma de corazón, que estaba debajo. Estremeciése Saint-Julien hasta la médula de los huesos; pero creyendo que acaso no se trataba más que de asustarle con el espectáculo del castigo de otro, sacó la caja y se la presentó con mano trémula al profesor, que la abrió apretando un muelle, y se la alargó diciendo:

—Vea usted lo que hay dentro.

Pasó una nube por delante de los ojos del mancebo, y durante algunos segundos parecióle ver un objeto atroz, sin forma y sin nombre, en el fondo del terrible corazón de oro; pero en fin se le aclaró la vista, su sangre volvió á circular libremente y no vió en el terciopelo blanco de que estaba forrada por dentro la caja, más que un paquete de cartas atadas con una cinta negra.

—Lea usted esos papeles, señor conde—dijo el profesor;—

tal es la voluntad de su Alteza: yo me quedaré aquí para suplir con mis explicaciones los claros que pudieran hacer confuso ó difícil su sentido.

Saint-Julien, no siendo ya poderoso á tenerse en pie, se sentó en las gradas del sepulcro; puso el profesor á su lado una de las lámparas y desplegó el primer papel.

Era éste un expediente matrimonial, legal pero secretamente contraído entre la princesa Quintilia y el caballero Max: este documento tenía de fecha más de diez años.

El segundo era un billete concebido en estos términos:

«He tenido la desgracia de enojaros y la he merecido: el orgullo ha hinchado por un momento mi corazón y con sobrado rigor me habéis castigado, porque era el mío, señora, un dulce y generoso orgullo; la alegría de ser amado de vos, la esperanza de poseer en breve á la mujer más noble del universo, pudieron embriagarme y hacerme olvidar la prudencia en un momento de exaltación, y me tomasteis por un vil cortesano, ansioso de subir al trono y de cubrir con un título de duque su título de bastardo. ¡Oh! el cielo sabe que os engañasteis, Quintilia; habéis sido cruel y sin embargo no os maldigo y voy á morir lejos de vos. ¡Ojalá me compadezcáis, me perdonéis, deis alguna lágrima á mi memoria y halléis en otro corazón el amor que estaba en el mío y que vos habéis desconocido! — MAX.»

—¿No conoce usted la letra de este billete, señor conde? —dijo el profesor luego que Saint-Julien hubo acabado de leer.

—La conozco en efecto —respondió Luis;— si no estoy soñando, es la de un hombre recién llegado á la ciudad y que se llama Spark.

—Creo que de ello le será á usted fácil cerciorarse, leyendo las cartas siguientes; pero antes de pasar adelante, suplico á usted que observe la fecha de ésta, y que corresponde, como usted ve, al día siguiente del supuesto asesinato de Max; de aquí á dos meses hará quince años. Me han dicho que usted sabe los motivos del altercado que medió entre la princesa y su amante, después de una cena en que éste soltó algunas expresiones algo ligeras; Quintilia tenía entonces diez y seis años, y Max quince; su reyerta tuvo pues toda la importancia que se da en esa edad á las cosas más insignificantes. De-

claró su Alteza al triste Max que nunca sería suya, y en un momento de despecho le mandó que jamás volviese á presentarse á sus ojos. Con harta precipitación siguió él esta orden no meditada; enamorado y altivo, indignado de que se le atribuyese una baja ambición, partió misteriosamente aquella noche, y fué á establecerse en París bajo el nombre de Rosenhaim; allí, renunciando á toda idea de ambición, á toda esperanza de porvenir, á toda vanidad humana, sepultóse en vida, por decirlo así, y nadie por espacio de cinco años supo qué había sido de él.

La princesa, después de haber llorado su ausencia, cobró algún aliento con la esperanza de que él volvería; resuelta á perdonarle, aguardó á que hiciese las primeras tentativas para obtener su perdón. Al cabo de cierto tiempo, no recibiendo noticia alguna de su amante, creyó que se habría consolado, y aunque devorada de pesadumbre, afectó un olvido completo, y toleró los galanteos de sus nuevos adoradores; pero fiel, á despecho de su resentimiento, al único amor de su vida, no pudo decidirse á hacer una nueva elección. Mucho se ha dudado de la conducta de Quintilia, señor conde, pero yo le presentaré á usted pruebas irrecusables de cuanto digo...

—¿Pues qué — interrumpió Luis — le ha encargado á usted la princesa su justificación? Eso sería hacerme más honor del que merezco y tomarse un trabajo excusado; estoy resignado á todos los castigos.

—No estoy encargado de discutir con usted — respondió Cantárida — y le suplico que tenga la bondad de escucharme, pues mi deber es hablar. Reclamo pues un poco de atención.

Aquel tono seco y frío ofendió profundamente á Luis; calló y escuchó al anciano con aire tétrico, que afectaba parecer indiferente.

El profesor continuó:

—Así transcurrió un año, al cabo del cual la princesa, cediendo á su inquietud y á su dolor, hizo hacer pesquisas en todo el país, y tomar en secreto informes en todas las cortes de Europa, sin que fuese posible averiguar el paradero de Max. Convencida entonces de que se había dado la muerte, y de que había desgarrado el corazón más noble y sincero, una pasión más viva se encendió en el suyo; nutrió su dolor

con toda la exaltación de su edad, pero en secreto, y para mejor entregarse á su amargura en la soledad, hizo labrar esta bóveda y esculpir este sepulcro, donde venía á llorar todos los días.

Pasaron otros tres años, y vino á establecerse en Monte-Regale. Buscaba la princesa en el estudio de las ciencias una distracción á sus pesares y un refugio contra las seducciones de la vida, á las que había hecho voto de resistir hasta la muerte; me conoció, tuve la satisfacción de agradarla, y me ofreció aposento en su palacio. Habiéndola llamado á París un asunto de interés, me permitió que la acompañara, lo que acepté con gusto, pues nunca había visto aquella célebre capital, y deseaba examinar las preciosas colecciones científicas que encierra.

Visitando los gabinetes de historia natural y las bibliotecas, hice conocimiento con el supuesto Rosenhaïm, cuyo noble carácter, interesante figura y afectuosos modales, me cautivaron desde el primer momento. No tardó en unirnos con estrecha amistad el amor de la ciencia; sus profundos conocimientos y alta capacidad me pasmaron; pero al mismo tiempo me afligía ver siempre pintada en su rostro una mortal melancolía, y cuando le hablaba de cualquier otro punto que no fuese la ciencia ó la filosofía, me estremecía contemplando el desaliento profundo que manifestaba aquella alma tan joven y tan pura. Procuré ganar su confianza, y al fin me declaró que un amor desgraciado le había hecho odiosa para siempre la sociedad; que el único vínculo que le unía á los hombres se había roto, y que, renunciando á toda carrera de ambición, se había establecido en París en la más oscura condición, y que no había consuelo á sus sinsabores más que en la ciencia y las artes que cultivaba con entusiasmo.

Estas palabras me conmovieron profundamente y así le pedí licencia para verle y tratarle con más intimidad: llevóme á la buhardilla que habitaba, viviendo muy pobre, pero limpia y brillante, con infinidad de flores y de pájaros. Examinando en una ocasión con delicia una acride (1) de África, no pude menos de exclamar: ¡Dichoso usted que posee una planta

(1) Especie de planta parásita. (N. del T.)

tan rara! Muchas veces se la he descrito á su Alteza Quintilia, y nunca he podido adquirirla... Pero no pude continuar, aterrado de la impresión que le había causado este nombre; púsose pálido como una azucena y se dejó caer sobre una silla; luego se puso encendido como la púrpura y me hizo las más raras é incoherentes preguntas. Á cada una de mis respuestas le daba una especie de delirio, y cuando supo que su Alteza estaba en París, se precipitó hacia la puerta como un insensato y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, que fué muy pronto, merced á la eficacia de mis auxilios, no me fué posible obtener de él más que explicaciones vagas é inverosímiles; rogóme sobre todo por lo más sagrado que nunca hablase de él á la princesa y que le proporcionase medios de verla sin ser visto. Díjele que debía asistir al día siguiente á una sesión de botánica en casa de un amigo mío, profesor de gran mérito; en ella se introdujo en efecto mi amigo; pero tan escondido estuvo en no sé qué rincón, que no pude hablarle ni aun acercarme á él.

Había yo oído hablar muy confusamente de la historia de Max é ignoraba en aquella época el secreto dolor de la princesa; no pensé pues en noticiarla mi encuentro con el joven naturalista ni se me pasó por la cabeza ni aun remotamente que pudiesen ser una misma persona Max y Rosenhaïm; pero tanto llegó á chocarme por fin la mudanza que siempre se efectuaba en el rostro de mi amigo al solo nombre de Quintilia, que creí deber anunciar esta circunstancia á la señora Gina. Esta doncella, de quien tanto tienen que decir las malas lenguas, pero cuyo entrañable cariño á la princesa nadie pone en duda, hizo los mayores extremos de alegría escuchándome y exclamó: — ¡Oh! sí, él es, seguramente es él! Yo nunca di crédito á su muerte...—Quiso decirselo al punto á su señora, pero se detuvo reflexionando que si se engañaba en sus conjeturas, no había más que ulcerar con una amarga decepción el alma de la princesa. Aconsejéme que los reuniese un día como por casualidad, asegurándome que si mi amigo era Max en efecto, Quintilia se echaría en sus brazos...

—Pero me ha recomendado el secreto en términos tan positivos—la dije—que temería ofenderle...

—Pues por lo mismo—repuso la Ginetta—es conveniente y necesario hacer lo que propongo.

Pusímonos pues de acuerdo y al día siguiente persuadí á Rosenhaïm á que viniese á ver una colección de medallas antiguas que acababa de comprar para el gabinete de su Alteza. Juréle (y confieso que por primera y última vez de mi vida juré en falso, pero con sana intención) que la princesa nunca ponía los pies en mi casa, aunque estaba ésta muy inmediata á la suya; dejóse, pues, persuadir Rosenhaïm, y la Ginetta por su parte se dió traza igualmente para llevar á la princesa á mi cuarto á ver mis medallas. No tengo ni con mucho bastante elocuencia para describir la escena de que fuí testigo; baste decir que pronto siguió á aquella patética reconciliación un enlace, cuyo testimonio legal acaba usted de leer.

La princesa quería declararse y llevar á su esposo con toda pompa á Monte-Regale; pero nada en el mundo pudo determinar á Max á dividir con ella su trono, sobre lo cual puede usted leer, si gusta, la segunda carta que tiene en su mano.

Saint-Julien, excitado por el novelesco interés de aquellas aventuras, leyó lo que sigue:

XXI



o, amada mía; no, jamás! La naturaleza humana es frágil y está llena de miserables pasiones: una sola es grande y hermosa, el amor; pero éste es una llama divina que es preciso guardar como se guardaba en la antigüedad el fuego sagrado en pebeteros cerrados sobre un altar de oro; un perfume que es preciso guarecer y sellar, por miedo de que se evapore, una preciosa huella que no se debe exponer al roce de la circulación, por miedo de que se borre. ¡Oh! sí; ¡sea nuestro corazón un tabernáculo misterioso y sagrado donde se oculte el dios! Vivamos el uno para el otro sin que lo sepan los hombres; no me obligues á ostentar entre los envidiosos y los indiferentes una frente radiante de alegría que sería un insulto para todos ellos y que se esforzarían en empañar á tus ojos. ¡No, nol harto me ha hecho ya sufrir el emponzoñado contacto de tu corte y no sé además cómo debería conducirme para no perderme en ella. Siempre fué mi carácter opuesto al disimulo y á la desconfianza, y á pesar de haber pasado mis primeros años en esa atmósfera letal, nunca he podido corregir mi imprudente vivacidad y nunca tampoco olvidaré lo que por ella he sufrido, ni á costa de cuántos años de miseria y desesperación he expiado un momento de locu-

ra. Si entonces hubiéramos sido unos simples particulares, si hubiéramos estado en medio de una familia pobre y honrada, sin nada que temer los unos de los otros, yo hubiera podido ser mucho más expansivo, Quintilia, y verte sonreír á mi cándida alegría. ¡Pero, ahl yo era un aventurero, un bastardo, tú eras una princesa y nuestro enlace debía ser un misterio; yo no tenía derecho para hablar de mi ventura y no podía regocijarme sin pasar por insolente y vano. Hoy me ofrece tu generosidad una remuneración cuyo gran valor conozco y aprecio, amada mía, pero no la necesito. Ser amado de ti, estrecharte en mis brazos y llamarte mi esposa; verte con menos frecuencia, pero sin testigos importunos, sin enemigos de mi felicidad, colocados siempre entre tú y yo; poder abandonarme á mi delirio, á mi gratitud, sin que se me atribuya jamás un vil motivo de interés; suspirar á los pies de mi querida, de mi esposa sin que parezca que rastreo ante mi soberana ó que solicito una merced de mi bienhechora, ¿no es esto, dime, una felicidad más segura y más verdadera? Yo he contraído además en la soledad y en el trabajo gustos y costumbres tan diferentes de todo lo que se usa en derredor de ti, que siempre en tu corte estaría yo fuera de mi centro y sería desgraciado. Déjame pues en mi amada oscuridad; yo he hallado en mi infortunio una amiga generosa que me ha libertado de mí mismo, que me ha preservado del suicidio y que, por espacio de cinco años, me ha ayudado á vivir sin tratar de arrancarte de mi corazón, ni de empañar la pureza de tu imagen en mi memoria: esta amiga es la aplicación al estudio, é ingrato sería si la abandonase ahora que he hallado el dulce objeto de todos mis deseos, de todas mis esperanzas. Déjame en mi humilde vivienda, que es el templo en que la he servido, el santuario en que se ha revelado á mí, al que ha hecho descender del cielo á la ciencia vestida de su túnica estrellada. Mi vocación está allí, no lo dudes, de ello estoy bien convencido; permíteme que vaya todos los años á pasar una temporada contigo, pero que nadie lo sepa y que mi nombre se borre de la memoria de los hombres. Sea tu corazón la única página en que yo le halle escrito cuando vaya á ofrecerte el mío, siempre enamorado, etc...»

Prosiguiendo el hilo de su discurso, dijo el profesor á Saint-Julien que después de mil vanos esfuerzos para sacar

á Rosenhaim de su retiro, acabó Quintilia por consentir en darle su mano en secreto y en volver sin él á sus estados; pero entonces siempre había ido á pasar todos los inviernos algún tiempo en París, y todos los veranos iba Max á habitar por algunas semanas el pabellón del parque. Siempre había estado embozada en el más impenetrable misterio su permanencia en Monte-Regale y siempre llegaba él de improviso, procurando de esta suerte á su mujer la más dulce sorpresa y probándola que contaba con ella hasta el punto de no temer ser nunca mal venido. Esta unión ha sido siempre tan feliz y tan pura—continuó el profesor—que bien puede citarse como prueba de la excelencia de las leyes de Licurgo, que imponían á los maridos el deber de no ir á reunirse con sus mujeres sino con todas las precauciones que toman los amantes para no ser observados.

Á instancia del profesor, abrió Luís otras muchas cartas de Max y de Quintilia, dictadas todas por una ternura exaltada, unida á la más absoluta confianza y á la más dulce y santa amistad.

